



De la autora *best-seller*

Milly Johnson

*El club
de las
cinco*

VERSÁTIL **Narrativa**

*El club
de las
cinco*

Milly Johnson

Traducción de
Patricia Sánchez Maneiro



Este libro está dedicado a las seis mujeres fabulosas que lo inspiraron.

A Nancy Scrimshaw, Sheila Isherwood y Mary Sutcliffe, que me enseñaron que la edad no es una barrera para la amistad, la risa o la diversión, especialmente cuando se comen tartaletas de fruta ilegales ante un brasero de Yorkshire.

Y para mis hermanas de SUN: Pam Oliver, Helen Clapham y Karen Baker. La vida no sería lo mismo si no compartiéramos nuestras historias sobre trabajo, hombres... y las cosas que algunas de nosotras hemos hecho en la montaña.

«Amar y ser amado es sentir el calor del sol por las dos caras».

DAVID VISCOTT

Capítulo 1

Malcolm solo había pronunciado tres de las palabras de su discurso cuando Dawn desconectó. No quería escuchar su monótona voz, ni quería pensar en la gente mayor que se retiraba de los departamentos de Repostería. Su mente estaba llena de imágenes de confeti y lunas de miel, y contaba las horas que faltaban hasta la mañana siguiente, cuando por fin iría a escoger su vestido de novia.

Mientras Malcolm seguía parloteando sobre el final de una era y alzaba su grueso vaso de poliestireno lleno de vino blanco barato en dirección a Brian, el Jubilado, ella calculaba cuánto faltaba para que llegara su gran día: ochenta y cuatro días, dieciocho horas, once minutos y cuarenta y tres segundos, cuarenta y dos segundos, cuarenta y un segundos. Cada movimiento del segundero la acercaba un poquito más al momento en el que se convertiría en la esposa de Calum Crooke.

La gente estaba aplaudiendo, así que Dawn se unió a ellos para aparentar que estaba participando de las celebraciones. Reparó en que Malcolm sonreía. Caray. Catorce millones más de sonrisas y le saldría una arruga. Probablemente son gases, pensó Dawn, viendo que el rostro de Malcolm volvía a adoptar su expresión habitual de «estoy enfadado con el mundo». De hecho, estaba muy enfadado con el mundo en ese momento. Había asumido, como subdirector del Departamento de Repostería que era, que ocuparía el cargo de director que Brian dejaba libre al retirarse.

No le hizo ninguna gracia descubrir que le habían trasladado a Quesos y que la nueva directora del departamento de Repostería iba a ser una desconocida que el director general, el señor McAskill, iba a introducir en la empresa.

El hecho de que fuera a convertirse en el «jefe del Queso» y dejara de ser un subordinado no era suficiente para aliviar su decepción. El departamento de Repostería era seguro y se estaba expandiendo, mientras que el de Quesos se estaba hundiendo. Corría el rumor de que el señor McAskill tenía intención de hacerlo desaparecer poco a poco. Y el departamento de Quesos era totalmente masculino, a diferencia del de Repostería, en el que ahora todos los integrantes serían mujeres. Tendría muchas menos oportunidades de mirarles el escote a sus compañeras de trabajo, o de arrimarse más de lo que debería a ellas junto a las fotocopiadoras. Dawn se estremeció al recordar el tacto de su mano en su trasero en su primer día en el departamento. «Huy», había dicho él, y ella lo había dejado correr, aunque no le cabía la menor duda de que había sido algo intencionado. Después de aquello había mantenido las distancias todo lo posible.

Raychel, de pie y sola, hacía girar el horrible vino dentro de su vaso. Era una mujer tímida que se sentía más a gusto manteniéndose al margen. Se sentía incómoda en reuniones sociales como aquella, pero también entendía que estaba obligada a quedarse después del trabajo junto al resto para despedir a Brian. Era un hombre bastante afaible, y desde que ella había empezado a trabajar allí a finales del año anterior, nunca le había visto tan animado como en ese momento, mientras hablaba de pasar el verano en una caravana junto a su mujer, un microondas nuevo y Lady, su cairn terrier.

Cuando se enteró de que Brian se jubilaba, había asumido que Malcolm se convertiría en el nuevo jefe, teniendo en cuenta que ya actuaba como si fuera el director del departamento. Raychel había empezado a buscar futuras ofertas de trabajo en otros departamentos en el tablón de anuncios. Malcolm no le gustaba ni un pelo. Tenía la mano demasiado larga para su gusto y usaba cualquier excusa para tocar a las mujeres. Raychel no soportaba que otra persona que no fuera su marido, Ben, la tocara. No le había comentado nada sobre Malcolm y su incapacidad para comprender el concepto de «espacio personal» porque se habría presentado en la oficina de inmediato para ajustar cuentas con aquel mequetrefe. Al igual que las otras tres mujeres del departamento, se sintió sumamente complacida al enterarse de que Malcolm iba a ser trasladado a Quesos, y de que Grace, la mayor de las trabajadoras de su sección, iba a ser nombrada subdirectora. El gran jefe, James McAskill, iba a llevar a alguien de fuera de la empresa para que se convirtiera en la nueva directora de Repostería, cosa que había suscitado un montón de comentarios y especulaciones entre el personal.

Y no es que Raychel hubiese comentado nada de aquello con sus compañeras de trabajo. Llevaban mucho tiempo trabajando juntas en el mismo departamento y no habían pasado del «buenos días, que vaya bien» y del «buen fin de semana», además de algún comentario ocasional sobre algo relacionado con el trabajo. Eran mujeres agradables, aunque de diferentes edades. Y había otra mujer a punto de unirse a ellas. Raychel se preguntó cómo iba a cambiar todo aquello la dinámica del departamento, pero era algo que no le preocupaba mucho. El trabajo era un lugar en el que agachar la cabeza y ganarse el pan, nada más.

Anna le dio a Brian un efusivo beso en la mejilla. A decir verdad, para ser jefe era un hombre muy agradable que ya no tenía ganas de que le molestaran. Llevaba mucho tiempo deseando jubilarse y había dejado que Malcolm fuera prácticamente el encargado de dirigir el departamento. Menos mal que aquel asqueroso también se marchaba. Aunque era evidente que a él no le hacía feliz que le trasladaran al departamento de Quesos. En realidad era un tipo que nunca estaba contento. Era como si se peleara con su mujer cada mañana y después quisiera descargar su mal humor en la oficina. Siempre se mostraba muy grosero con sus subordinados. En su vocabulario no existían las palabras «por favor» ni «gracias», y cuando tenía sed se limitaba a gritar «¡tél!» a cualquiera de ellos. Además, odiaba la forma en la que sus ojos se posaban en sus pechos cada vez que hablaban. Se preguntaba qué clase de mujer le había encontrado lo suficientemente atractivo para casarse con él. Pero por lo visto era capaz de mantener una relación: llevaba quince años casado, que era más de lo que podía decir de ella misma.

Anna oyó cómo Brian se emocionaba ante la perspectiva de pasar el verano en una caravana en la costa y envidió el hecho de que pudiera mostrar entusiasmo por algo. No había nada que le hiciera desear que llegara ese fin de semana, ni ningún otro. No era capaz de interesarse por ninguna de las tramas de Coronation Street, no le apetecía comer nada en particular y había perdido la capacidad de sumergirse en la lectura para sacar de su mente la imagen de su prometido tirándose a la ayudante de diecinueve años que había contratado en la peluquería de caballeros que regentaba. A ojos de Anna, su vida era más larga, gris y fría que la costa británica en febrero.

Grace tomó el regalo de jubilación de Brian entre sus manos para echarle un vistazo: un reloj portátil con un tic

tao muy ruidoso que parecía decirle «ven muerte, ven muerte, ven muerte».

—¡Con un poco de suerte tú serás la próxima! —le dijo Brian al oído.

—¿Qu... qué? —dijo Grace, pero recobró la compostura rápidamente—. Oh, sí, puede. —Dios no lo quiera. La sola idea de ocupar el mismo lugar de Brian, admirando su propio reloj mientras se hacían brindis en su nombre con vino barato, hizo que un sudor frío le recorriera la nuca. Se sintió ligeramente mareada.

Ven muerte, ven muerte, ven muerte.

—La verdad es que no entiendo por qué querrías retrasar tu jubilación cuando tienes la oportunidad de dejar este lugar y vivir una vida ociosa. Esta también habría podido ser tu fiesta de despedida —dijo Brian con una sonrisa.

—Oh, bueno, ya me conoces. Me gustan los desafíos —dijo Grace. Hacía tres años que trabajaba para Brian y le gustaba su carácter alegre, a pesar de que era un hombre que ya había nacido viejo y al que le encantaba haber alcanzado ese estado. Disfrutaría mucho de no tener que volver a poner el despertador en hora y de pasarse el resto de sus días trajinando de aquí para allá sin hacer nada. Menos en el carácter, le recordaba mucho a su marido, Gordon; demasiado para su gusto, mientras le oía parlotear sobre las ventajas de la jubilación.

La mente de Grace tomó otros derroteros. Cuando Brian tenía diecisiete años y se movía por las salas de baile, ¿se habría parado a pensar alguna vez en el momento en el que se encontraba ahora, charlando animadamente ante la perspectiva de llevarse un microondas nuevo a Skegness? ¿Era esa su máxima aspiración? ¿O es que Grace no era

una persona normal por tener la misma edad que él y sentir pánico cada vez que se pronunciaba la palabra «caravana» en su presencia? Ella ya había probado la experiencia cuando sus tres hijos eran pequeños, y la había disfrutado, a pesar de que esa clase de vacaciones no eran ni mucho menos relajantes para ella. Ahora sus hijos ya eran adultos, pero seguían manteniendo una relación muy estrecha y no quería pasar varias semanas alejada de ellos y de sus nietos con Gordon como única compañía.

Siempre había dicho que le abandonaría cuando sus hijos se hicieran mayores. Se preguntaba cuántas mujeres decidían hacer lo mismo y seguían en la misma situación años después de que los hijos se marcharan, porque no eran lo suficientemente valientes como para irse. Su hijo y sus dos hijas habían dejado un enorme vacío al marcharse de casa, como si se hubieran llevado su corazón tras ellos.

Sus ojos se posaron en Malcolm, que estaba rellenando su vaso de vino. Sin duda no se sentía nada contento. A Grace no le costaba nada creer los rumores que afirmaban que iba a ser trasladado al departamento de Quesos, de mucho menor prestigio, debido a su falta de eficiencia para dirigir el de Repostería, que estaba en auge. Malcolm Spatchcock no era ni querido ni respetado, aunque tenía un ego demasiado grande como para reparar en ese hecho.

Grace esperaba no tener que desear la vuelta de Malcolm después de haber conocido a la nueva jefa. Aun así, la señora Christie Somers tendría que ser realmente mala para alcanzar cotas de impopularidad tan altas como las del espeluznante hombrecillo llamado Malcolm. Grace llevaba demasiado tiempo trabajando bajo su ineficiente mando.

El vino y las patatas fritas se habían acabado, y la gente empezaba a recoger y a marcharse. Para Grace, el fin de semana se presentaba largo e inhóspito. Siempre lo mismo. Cuidaría de su nieta mientras Gordon iba al Pub Legion y su hija y su yerno cenaban en algún restaurante de categoría. Al día siguiente iría a comprar, limpiaría la casa y el domingo por la mañana haría la comida, ordenaría, plancharía y se sentaría a ver Heartbeat (o puede que se soltara la melena y viera Frost), antes de darse un baño de agua caliente y meterse en la cama, preparada para afrontar la semana.

Miró a los integrantes más jóvenes de los otros departamentos, que salían por la puerta, emocionados por tener la noche del viernes por delante. Hacía veinticinco años que ella no se arreglaba y salía con amigas a disfrutar de la velada. Se despidió de Brian y de sus tres compañeras de trabajo. Parecían mujeres muy agradables, aunque no se relacionaban mucho. Aun así, la atmósfera en el trabajo era mucho mejor que en casa. El pelo de Gordon había empezado a volverse gris antes de cumplir los cuarenta, pero ¿cuándo se había convertido en una persona vieja de espíritu? Grace habría tenido una vida mucho más fácil si le hubiese ocurrido lo mismo.

Capítulo 2

Calum estaba prácticamente sentado encima del teléfono, pero este habría sonado indefinidamente si Dawn no hubiese salido de la cocina para contestar. Articuló las palabras «pedazo de vago», pero él ni siquiera levantó la vista para ver cómo lo hacía.

—Hola, cariño —dijo la alegre voz al otro lado de la línea.

—Hola, Muriel —dijo Dawn. Calum exhaló con fuerza y agitó las manos como si fuera un controlador aéreo cableado. El mensaje era claro: Si pregunta por mí, no estoy.

—Y bien, ¿a qué hora vas a venir a recogerme mañana, querida? —preguntó su futura suegra animadamente.

—¿Te va bien a las diez y media, Mu?

—Bueno, me aseguraré de estar despierta, ya que se trata de una ocasión muy especial —dijo Muriel.

—Estoy muy emocionada. Creo que no voy a dormir mucho.

—Unas cuantas cervezas te dejarán fuera de combate. ¡Eso es lo que yo hago cuando no puedo dormir, muchacha!

Dawn se rió. A veces Muriel era realmente divertida. Se había reído con ella desde la primera vez que se habían

visto, unos dos años atrás, en el miserable salón de belleza donde Dawn solía trabajar. Dawn le había hecho la permanente y Muriel había hablado sin parar durante dos horas. Su sentido del humor rudo y subido de tono había actuado como un bálsamo para ella. Muriel había irrumpido en la vida de Dawn precisamente cuando más había necesitado las risas.

—¿Ha llegado ya nuestro Calum?

—Sí, pero acaba de volver a salir.

Calum mostró su aprobación levantando el pulgar.

—¡Vaya! —dijo Muriel exhalando un profundo suspiro—. La verdad es que es viernes por la noche y un hombre necesita tomarse una pinta después de una dura semana de trabajo.

Dawn no estaba muy de acuerdo con lo de la dura semana de trabajo. Lo único que Calum parecía hacer era perder el tiempo yendo de un lado a otro en una carretilla elevadora y en hacer descansos para fumar.

—En fin, cuando lo veas, dile que Killer le ha traído una caja de DVD.

—Lo haré.

—Entonces hasta mañana, querida.

—Hasta mañana, Mu.

Dawn colgó el teléfono, y Calum se puso en pie para estirarse como si fuera un flacucho gato callejero.

—Por lo visto Killer te ha llevado unos cuantos DVD —le comunicó Dawn.

—Oh, genial.

—No serán piratas, ¿verdad? —preguntó Dawn, recelosa.

—No seas estúpida, los obtiene en los saldos.

—¿Y qué hacéis con ellos?

—Preguntas y más preguntas —dijo él, exhalando un suspiro—. Le ayudo a venderlos en el pub y me llevo una parte de los beneficios.

—Vale —dijo Dawn, satisfecha por el momento—. ¿Qué quieres cenar?

—Pensaba que íbamos a pedir comida china —dijo él.

—Y yo pensaba que íbamos a recortar gastos. Mañana tengo que comprarme un vestido de novia.

Calum se rascó la cabeza, despeinándose de manera muy sexy.

—¡Tenemos que disfrutar de la vida, Dawn! Los dos nos hemos pasado la semana trabajando. Necesitamos darnos un capricho.

—De acuerdo —accedió ella a regañadientes. Siempre la convencía—. Tengo hambre. ¿Hago un pedido por teléfono? Yo tomaré pollo con champiñones con arroz frito y won tons. ¿Lo compartimos? Si es así, no pidas esa especie de judía negra. —Se acercó al cajón donde guardaba los menús. Era el primero de un montón de menús de comida para llevar que tenía pulcramente sujetos con unos clips. La meticulosa forma que tenía de organizarlo todo era algo con lo que Calum se metía constantemente.

—Lo compartiremos si así lo quieres. Pero pensaba salir para tomar un par de cervezas y parar a comprar la cena de camino a casa.

—¡Oh, no salgas esta noche! —le reprobó Dawn, decepcionada.

Calum bostezó.

—Solo un par de cervezas. No me entretendré mucho más porque estoy destrozado.

—¿Dónde habré oído eso antes?

Calum esbozó su picarona sonrisa de colegial, que le había causado muchos problemas pero que también le había librado de ellos desde que era lo suficientemente mayor como para sacarle el máximo partido. Como siempre, esa sonrisa desarmó a Dawn.

—Esta vez te lo prometo —dijo—. No llegaré más tarde de las nueve y diez. Ten los platos preparados.

—¿Algo más? —preguntó Dawn con los brazos en jarras.

—Ya que lo preguntas... ¿podrías prestarme veinte libras?

Dawn abrió su monedero y le entregó el dinero con un suspiro, odiándose por ser incapaz de decir que no. Especialmente porque sabía que a las diez ya habría renunciado a que Calum llegara pronto a casa. Entonces se prepararía una tostada con queso. Calum llegaría pasada la medianoche, sin acordarse de la comida china para nada. Esperaba que algún día la sorprendiera cambiando aquella pauta, pero hasta ese momento no había ocurrido.